



CARLOS SAURA: UN ANARQUISTA DESPISTADO

CLAUDI MONTAÑA Y JOSEP SARRET

Carlos Saura fue durante la última década de franquismo con Franco el cineasta de izquierdas por excelencia. El único superviviente "ilustre" del un día llamado "Nuevo Cine Español". Sin embargo, las circunstancias políticas que han sido crónica —y son pesadilla— en los últimos meses de historia del Estado español han arrastrado consigo aguas torrenciales de compromisos artísticos e izquierdismos más o menos sinceros, más o menos falsos. Intelectuales y artistas surgidos del país de Nunca Jamás han empezado a enarbolar banderas de todos los colores en un meteórico intento de apurar el cáliz de la "oposición" y las "denuncia" (ayer muda y ciega y sorda) frente a una realidad que sólo nuestros padres recuerdan un día democrática. Carlos Saura parece haberse abstenido de participar en esta veloz, paranoica, ¿oportunistá? carrera y hay quien no le considera ya un cineasta de izquierdas, empeñado como está en proseguir el discurso iniciado allá en los últimos cincuenta con absoluto desprecio de la épica pre-democrática de moda.

CARLOS SAURA: UN ANARQUISTA DESPISTADO



—Antes, cuando Franco estaba en el poder, me interesaba mucho hablar de la guerra civil, por todos los medios, directa o indirectamente. En cambio, ahora, la guerra civil me parece una cosa muy lejana. Es curioso, en estos momentos me da casi vergüenza hablar de la guerra civil. Quizás se deba a la banalización producida por la proliferación de libros y películas sobre el tema, o porque todo el mundo ha entrado a saco en este problema, de mala manera y aprovechándose de las circunstancias. De la guerra civil había que hablar cuando estaba Franco, pues era más difícil y te jugabas bastante. Ahora, puede llegar a ser frívolo o incluso oportunista.

—¿Significa esto que tu obra se desvincula totalmente de la dimensión política?

—Yo puedo tomar una postura política y no hacer cine político. Quiero decir: cine militante, que es lo que suele entenderse por cine político, aunque si entendemos por cine político la expresión de la postura personal del realizador ante la vida, yo hago cine político, por supuesto. Incluso mucho más político que otros que dicen hacer cine político, pues intento aclarar una serie de problemas míos que, de alguna manera, reflejan una problemática colectiva (y por lo tanto "política"). Lo que yo no he hecho, ni hago, es cine militante, es decir, encuadrado en un partido o adoptando una ideología muy precisa. Si yo fuese un militante político al cien por cien, no haría cine, sino algo mucho más directo y efectivo: me dedicaría al ejercicio de la política.

—Godard, por ejemplo, no diferencia una cosa de la otra.

—Sobre todo ahora...

—Sí, claro, sobre todo a partir del 68.

—Godard se ha politizado de tal forma que, para él, hacer cine es una forma de hacer política. Mi proceso es inverso. En su caso,

hay una progresiva politización personal, politización que no estaba en sus primeras películas, una racionalización que le ha llevado a integrar la dimensión política en su obra. Su cine es, en cierto modo, un cine de servidumbre a determinadas ideas políticas, a una forma de pensar. Lo cual me parece muy bien. Quiero que quede muy claro: me parece soberbio que un señor haga cine político —de derechas o de izquierdas— y otro haga comedias musicales o melodramas. Lo que me parece tremendo es que no te dejen hacer lo que quieres hacer. Lo ideal sería que cada cual pudiese hacer siempre lo que le diese la gana.

—Concretamos un poco. Suponiendo que haya dos posibilidades para hacer cine: una política, definiendo la política, provisionalmente, como preocupación por la generalidad social, y otra más personal, en la que un autor buscaría sobre todo expresarse a sí mismo, confiando que esta expresión tuviese inevitablemente una incidencia sobre la colectividad. ¿Te situarías tú en esta segunda familia de, digamos, animales cinematográficos químicamente puros?

—Vamos a matizar. No podemos partir de la noción de que la política es el bien de la sociedad; me parece muy discutible.

—Yo no he dicho esto. He hablado de una tentativa de incidir sobre la colectividad de un modo general. No prejuizo si...

—Depende de qué política sea.

—Bien. Evidentemente, todos estamos hartos de profetas y "salvadores".

—Por eso, porque a mi la política me da un poco de miedo, la verdad. Para ser franco, no sé muy bien qué es eso de la política. Y cuando veo lo que dicen los políticos en España, me parece que tampoco ellos lo saben muy bien. En el fondo, lo que se persigue siempre es la conquista del poder, imponer a los demás un sistema ya codificado o una ideología. Eso me

da terror, me produce escalofríos, en cualquier tipo de política. Claro que hay sistemas políticos que me producen más terror que otros. El poder, desde luego, corrompe; es una monstruosidad. Hasta ahí es donde llega mi cabeza...

—¿Quieres decir con ello que te consideras próximo a unos planteamientos de tipo anarquista?

—Por supuesto. Yo soy muy anarquista. Me encuentro mucho más cerca del anarquismo que de cualquier otra ideología. Por una razón: porque está abierto a todas las posibilidades, porque es la única ideología que se permite discutir cualquier tipo de poder, lo cual, para empezar, ya me parece positivo. Hay que discutir toda forma de poder. Además, el anarquismo me resulta muy atractivo. No lo conozco a fondo, tampoco. No soy un anarquista militante, porque entonces no sería un anarquista de verdad. Hace unos días me propusieron formar parte de un partido político que era el partido de los no militantes en ningún partido. Yo les dije: "Pero bueno, estáis locos, ¿no?". ¿Cómo voy a firmar un documento en el que diga que no hay que militar en ningún partido? En este caso, yo mismo estaría militando. ¡Claro...!

—Esto que nos cuentas no deja de ser coherente con el carácter esperpéntico que está tomando la política en este país.

—Militar en el partido de los que no militan en ningún partido: esto es rizar el rizo, ¡qué maravilla! Es una idea realmente genial.

—¿Qué opinas de una situación como ésta en la que surgen opciones tan estrambóticas? Hay gente a la que todo esto le divierte mucho; otra que...

—A mí no me divierte en absoluto, porque me parece que todo esto puede acabar muy mal. No me divierte nada, vamos. Me da más bien escalofríos y miedo. Parece que nos hallásemos algo así como en la adolescencia del hombre: esa incapacidad que tenemos para



CARLOS SAURA: UN ANARQUISTA DESPISTADO



La decadencia de una institución (Ana y los lobos).

ponernos de acuerdo... para buscar soluciones elementales y básicas... igual que le pasa a un adolescente. Esa lucha por el poder como si fuesen niños en un colegio. Esas discusiones violentas sobre matices que en el fondo significan lo mismo, como las herejías religiosas. (Esto lo ha expresado muy bien Buñuel en *La Vía Láctea*). Discusiones como esas de "Yo soy del PSOE; pues yo del PSOE-no-sé-qué, pues yo del PC-rectificado o del PC-lo-que-sea, pues yo soy trotskista de la III internacional (sic) o de la IV. No sé cómo decirte. A mí me producen una tristeza enorme. Mientras estaba Franco en el poder, lo que había era un enemigo, una especie de obstáculo tremendo que presionaba sobre el país e impedía una serie de cosas. Entonces mi comportamiento era mucho más sencillo, porque las críticas que yo podía hacer en mis películas sobre las cosas que me molestaban coincidían perfectamente con todo un movimiento antifranquista. Esto era evidentiísimo. Para la mayoría de las personas, eso estaba claro. Pero muerto Franco las cosas se han complicado. Ahora proliferan cuarenta o cincuenta partidos, y como yo no me quiero comprometer ni militar en ninguno de ellos, me veo obligado a permanecer en una posición expectante, que puede parecer muy cómoda, pero que no lo es. Tengo que esperar un poco a ver qué pasa, y naturalmente intento estar en el lado que me parece más positivo.

—¿Qué piensas de esto que se dice a veces, que en España el problema de encontrar soluciones

comunitarias es todavía más grave que en otras partes, de que suponiendo que solucionaríamos lo más elemental quedaría un poso ineliminable, derivado de este supuesto carácter individualista?

—Pues no lo sé. Yo no creo nada en los caracteres nacionales. Ni en los regionales tampoco. Yo me siento muy aragonés, pero no creo en el carácter aragonés; además, aunque hubiera caracteres de este tipo, pienso que no habría que defenderlos. Habría que buscar nexos de unión mucho más generales. Lo que sí creo, por supuesto, es que hay ataduras a una educación, a una tierra, a una casa. Esto es evidente y no se lo quita uno fácilmente de la cabeza, pero de lo que no tengo ni idea es de cómo se puede superar esto. Para mí, la mejor solución sería aquella que me sirviera para entenderme, en las mismas condiciones, con un americano o con un japonés. Mientras no se llegue a una cosa de este tipo, que yo no sé si es utópica cada uno defenderá su parcela: uno, su tierra; otro, su casa o su lenguaje; otro, eso que llaman la "patria", o una bandera, qué sé yo. Es como un aquelarre. Todo esto me resulta un poco risible: los pasaportes, las leyes, esa codificación sistemática de las fronteras, de las regiones, de las ciudades; mi casa, mi mujer, mi culo (como dice Savater) mi tierra, mi coche, mi lenguaje.

—Así pues, estas coacciones, tú las vives como hombre, no como español, como aragonés, como cineasta...

—Pero hombre, por favor! Si no ha quedado

claro, que quede bien claro. Lo cual no significa que reniegue de haber nacido en Huesca en el año 32; ni de haber estado durante la guerra en Madrid, en Valencia y en Barcelona, ni de haber pasado la posguerra en Madrid. En fin, es tu autobiografía, que te marca. Y aceptar este hecho es muy positivo en la medida en que tienes más datos para darte cuenta de dónde estás, adónde vas. Por supuesto que me parece demasiado fácil defender esas ideas tan abstractas, más propias de la educación recibida que de la profundidad real del ser humano. Uno puede sentir simpatía por la ciudad en que ha nacido, porque ha vivido allí, porque tiene allí a sus amigos de la infancia... Pero fuera de eso, ¿qué vas a defender? ¿A tus amigos? Tienes amigos franceses, y suecos, y japoneses maravillosos. ¿La tierra? A mí me gusta mucho este país, pero hay otros que son igual de maravillosos, ¿no? En el fondo, y esto históricamente está muy claro, se trata de un invento del imperialismo, que busca la unificación de las personas a través de ideas generales y abstractas, que codifican al individuo y le hacen sentirse participe de todo un movimiento general que luego resulta ser una mentira, porque a los dos siglos ese imperio que ha costado miles de vidas y que ha sido entusiásticamente defendido por millones de personas, se desmembra en cuatrocientos pequeños países que vuelven a luchar otra vez, constituyendo una especie de oleaje sin sentido.

—En los últimos días se ha estado planteando el

CARLOS SAURA: UN ANARQUISTA DESPISTADO

problema de las autonomías, por ejemplo la de Cataluña, a raíz del editorial de El País, y también las de Euzkadi, Galicia...

—Y la de Aragón y la de Andalucía, y la de...
—Entonces, ¿cómo ves este problema?

—No sé... Es muy difícil profundizar en este problema. Hay que partir de unos hechos previos. El franquismo ha intentado por todos los medios la desaparición de Cataluña como entidad. Por eso, la reacción que hay ahora es muy violenta. De todos modos, me cuesta trabajo pensar que hay una unidad cultural catalana, por ejemplo. Yo creo que es impuesta, por un sistema, por unas personas dominantes. Yo creo que no hay unidad, ni catalana, ni vasca, ni castellana, ni siquiera francesa o española.

—Estas ideas tuyas ¿no vendrán de que el ámbito en que te mueves, lo que podríamos llamar tu patria afectiva, es algo mucho más amplio que una entidad regional o nacional?

—Puede ser, no he pensado a fondo en el problema, ni me interesa demasiado. Desde luego, pienso que en España no hay ninguna unidad ni nunca la hubo. Yo no veo por ninguna parte el carácter español, ni la idiosincrasia española, ni las costumbres españolas. Lo que pasa es que, a través de los años, nos hemos acostumbrado, por ejemplo, a cocinar con aceite de oliva, porque es lo que teníamos a mano, pero en cuanto llegase el champán francés, si fuera barato, todo el mundo lo bebería. Desde hace siglos vivimos codificados, encerrados en unas fronteras ficticias y falsas.

—¿Tampoco crees en las entidades idiomáticas?

—Pero, hombre, fíjate: hasta aquí se habla catalán, y de aquí para allá se habla aragonés, y hay aquí un valenciano que es catalán, pero que tiene unas pequeñas diferencias, y el mallorquín que también es lo mismo pero distinto. A mi todo esto me parece muy raro, porque como soy aragonés y he estado continuamente en Catalunya y me casé con una mujer catalana, he visto, por ejemplo, que hay una zona de Aragón en la que ni se cómo hablan. Vienes de Barbastro y vas a Lérida, y de repente te encuentras en una zona confusa, en la que hablan como en Huesca, con este acento tan cerrado. Y luego los vascos, que no sólo están ahí, sino en Francia. Y los bretones, y los no-sé-qué. ¿Me entiendes? Quizás la mejor solución para la humanidad sea volver a las tribus, a las agrupaciones tribales. ¿Ud. de dónde es? ¿De Madrid?

—De Madrid-tribu.

—De Madrid-tribu. De Salamanca. Pues venga, la tribu de Salamanca.

—En seguida salía la federación del PSOE de Madrid-tribu.

—Esto es lo que habría que hacer: un federalismo. Pero no de las regiones, sino de las zonas de identidad. Estoy hablando por hablar, que conste. Yo creo que el problema catalán es distinto: es un problema político, como todas las cosas. Frente a una cosa, otra. Frente a un poder político instituido, que ha estado fastidiando unas posibilidades educativas, un lenguaje, en Cataluña hay, lógicamente, y me parece muy normal, una autodefensa. Esto está claro. Y hay también una lucha por recuperar valores perdidos y

estimular a la juventud para que estos valores se renueven. Me parece bien como medida política, como juego político. Fuera de eso, no lo acabo de entender. Claro que no es que no crea sólo en Cataluña; no creo en los países. Intuyo que todo eso es una gran mentira.

—Sin embargo, existen razones históricas...

—Pero provisionales, que quizás fueron válidas en algún momento y que alguien ahora se está encargando de mantener y de fomentar en vez de analizar si siguen siendo válidas. Es como pertenecer al Atlético de Madrid o al Real Madrid, al Barcelona o al Español. ¿No? En Madrid, por ejemplo, todo el mundo sabe que los del Atlético son, digamos, las izquierdas. Durante el franquismo, muchos del Atlético iban al campo del Real a protestar contra el centralismo, que también se da en Madrid. Y gritaban "¡cabrones!". Y tal y cual. "¡que os apoya el gobierno!". Iban a esto. Bueno, no sé, ya estamos en pura frivolidad...

—Suponiendo, lo cual es mucho suponer, que en el Estado español hubiese finalmente unas elecciones libres, ¿tú votarías por alguna tendencia, por algún partido?

—Pues no lo sé todavía. Si se forman grupos es posible que sí. Si se forman cuarenta partidos, sería mucho más complicado. Si hay grupos claramente delimitados: o sea, aquí están las derechas, aquí las izquierdas, yo votaría por las izquierdas, desde luego. Ahora bien si dentro de las izquierdas hay ochocientos grupos puede ser que cada uno de ellos tenga algo que me interesa, y que no haya ninguno que reúna todo lo que yo quiero. Entonces, lo tendría que pensar mucho.



La familia es la escuela del poder (La prima Angélica).

CARLOS SAURA: UN ANARQUISTA DESPISTADO



—En todo caso, ¿te inhibirías si ningún partido te pareciese perfecto o elegirías la solución menos mala?

—Hombre, inhibirse es difícil: porque aquí en España la lucha política siempre se ha planteado descaradamente entre las derechas y las izquierdas. Aunque sea por razones morales, al final tienes que decidir.

—Así, entre las dos Españas, tu cine está con la de izquierdas.

—Entre lo regular y lo malo, mejor lo regular.

—Recuerdo que hace tiempo me decías que el hecho de no poderte expresar con toda libertad, podía producirte una mayor creatividad, en tanto que tenías que buscar subterfugios, un lenguaje críptico, para expresar las cosas. En este momento quizás se puede hacer cine con un poco más de "libertad", así entre comillas; ¿ha variado tu postura por ello al plantearte una película? Por ejemplo, en la que estás realizando ahora, en "Elisa, vida mía".

—No, no me la planteo de modo distinto. Es evidente, de todos modos, que en mí se ha producido una evolución, como en todo el país, que desde la muerte de Franco ha cambiado y cambiara mucho más. Aunque en la vida es difícil establecer separaciones tajantes, para mí hay una raya perfectamente nítida entre lo que era el franquismo y lo que es el postfranquismo. Lo que yo decía de que, durante el franquismo, había tenido que espabilarme, buscando, si quieres, un lenguaje críptico y en vez de enfrentarme directamente a las cosas, dar rodeos, es una idea que, en cierto modo, aunque sin seguridad, sigo manteniendo. Hoy es verdad que las condiciones han cambiado y se pueden decir más cosas, pero también mi cine ha evolucionado hacia un cine más intimista, sobre todo a partir de *La prima Angélica* y de *Cria cuervos*. En este sentido, creo que me he introducido en una parcela mucho más compleja, llena de cosas que me interesan mucho, y no tengo por qué contarlas en un lenguaje críptico; todo lo contrario: busco un lenguaje normal y sencillo, como un diálogo interpersonal. Aunque tampoco pienso prescindir de una estructura narrativa que me ha ido bastante bien y en la que creo estar ejercitado. Bien, en realidad no puedo decirte si mi próxima película tendrá un

lenguaje A o B o C, porque no tengo ni idea. Ya la verás.

—En varias de tus películas tratas el problema de la familia, ¿qué opinas de la familia como institución?

—Yo no estoy en contra de la familia, sino de cierta forma de concebir la familia en España, que consiste en defender ciertos intereses, en establecer una jerarquía; una familia que es una escuela para el aprendizaje del poder, de la sumisión de unos seres a otros más poderosos. De todos modos, la evolución de la sociedad española parece ir destruyendo este esquema. Pero queda la institución familiar, este sistema de injusticias justificadas con el argumento de la protección del clan.

—Me gustaría hacerte una última pregunta: esa fascinación que ejerce en tí el mundo de la adolescencia femenina, ¿se debe a la atracción de lo desconocido o a una pasión de tipo ninfoléptico como la de Carroll o Nabokov?

—No lo sé muy bien. Es una pregunta difícil. La adolescencia me parece la etapa más bella del ser humano, pero tampoco hay que desvirtuar esta atracción. No me siento frustrado ni aquejado de lolitismo. Quiero decir: a mí las niñas no me gustan, me gustan más las mujeres. Te lo digo sinceramente; no tengo prejuicios en esto. Lo que pasa es que en dos de mis películas (*La prima Angélica* y *Cria cuervos*) da la casualidad de que la protagonista es una niña.

—De todos modos, seguro que algún espectador se ha enamorado de Ana Torrent.

—Y me parece muy bien, porque es una niña fascinante. Pero a otro nivel: por lo que hay de enigmático en su mirada y en su cara, no por su cuerpo. Es una niña que te hace pensar que detrás de sus ojos está todo, y luego resulta que no, que es una niña corriente.

—Eso que dices me parece una expresión simbólica y sintética de tus películas. Una mirada que parece encerrar un mundo y tras la cual no hay nada. Muchos de tus personajes ven en el otro algo que no está, que es una pura proyección, y eso es lo que dota de complejidad al mundo relacional de tus personajes.

—Me gusta mucho eso. Lo has expresado muy bien. Si fuera verdad, me apuntaría a lo que dices.